

## Ideales de la Educación en el Pueblo Argentino

---

Cuando en el curso de las lecciones de «Ciencia de la Educación» se enunció la necesidad de buscar la fórmula moral que diera sello propio al pueblo argentino, manifesté mi disconformidad porque no creía que tal anhelo fuera necesario y mucho menos plausible. Sin embargo, pronto llegué á la inteligencia de lo que se pedía y pude comprender entonces que era la aspiración de fijar ideales á la enseñanza, el verdadero móvil de la controversia. Mas adelante uno de mis compañeros, coincidiendo con mis primeras reservas, planteó, no ya ex-cátedra sino en su seno mismo, el problema de apreciar la importancia de la fórmula moral pedida, y la discusión entablada con tal motivo confirmó la idea que me había formado del asunto. Por eso, y para evitar desinteligenias que son, desde luego, muy posibles, titulo á mi monografía «Ideales de la Educación en el Pueblo Argentino».

---

Son necesarias dos palabras sobre mis propósitos. Aún cuando el tema merecería los honores de mejor pluma y de más amplio lugar para su desarrollo, creo posible enunciar una aspiración suprema, para cuya realización sea necesario poner en práctica principios altruistas y grandes, mediante procedimientos adecuados, á nuestro país y al actual estado, pobre por cierto aún, de la civilización en lo que se refiere á ideales colectivos intensamente profesados. De aquí, una división natural de la tarea: 1º El estudio de la fórmula moral *más amplia, más sintética y más fecunda*. 2º El conocimiento de los principios indispensables para su realización y 3º El procedimiento, las reformas en la enseñanza que conduzcan á la adquisición de estos principios y ulteriormente al mayor acercamiento posible hacia la fórmula ideal propuesta.

Seré, por otra parte, breve en lo posible, no distraiendo mi tiempo en sutilezas de definiciones ni en razonamientos escolásticos sobre temas que todos entienden; de tal modo que mi monografía será, en su primera parte, más la expresión de un credo

que su defensa. Creo que después de leída se convendrá conmigo en la necesidad de hacerlo así.

Tal vez enumere demasiados principios para ser enseñados; pero evitaré el perjuicio que de allí pudiera dimanar en forma sobre que me explayaré en la tercera parte.

## I

Cuando tiendo la vista sobre el mundo social, para ver las contorsiones angustiosas que el dolor arranca á los grupos humanos; cuando oigo los gritos más agudos de rebelión y protesta de las sociedades convertidas en fieras de mil cabezas; cuando observo los abatidos, los derrotados, los escépticos de la vida, los maldicientes y los suicidas; cuando recuerdo las grandes hecatombes de la historia, desde que el hombre tuvo conciencia de sí mismo; cuando medito sobre el eterno batallar de las ideas en una lucha continua, cuyas alternativas impacientan en esa actualidad febricitante de los que las palpitan; cuando, en fin y síntesis fijo mi atención sobre cualquier fenómeno de la vida de relación de los hombres—desde la amistad de dos perseguidos hasta la alianza de las grandes masas humanas—observo siempre, de una manera invariable como causa generadora de tan imponentes fenómenos, la injusticia y el anhelo supremo de remediarla! . . . Hasta la muerte, con esa anacrónica inflexibilidad que todo lo iguala para simular justicia, levanta las protestas más airadas, por sus sentencias, á veces tan injustas como inapelables.

Si la injusticia es pues, según fluye de la observación de todas las generaciones humanas, la causa de los grandes dolores y de las más fuertes miserias, hagámosla la infamia más execrable y opongamos á ella como suprema aspiración del hombre, la soberana deidad que es su antítesis: hagamos de la justicia el más preciado de los bienes y del justo el ideal de la humanidad. Fijo, pues, como ideal del pueblo argentino, al cual ha rendido pleito homenaje hasta el pesimista Schopenhauer, el anhelo de *Justicia*. y oponiéndome á los teólogos anticuarios, repetiré (1) que no debe llevarse la tierra al cielo para que la justicia se cumpla, sino que es necesario traer el cielo á la tierra para hacer la felicidad de los hombres.

Mas adelante fijaré el alcance de la palabra Justicia.

## II

A diferencia de la primera parte de este estudio que podría decirse absoluto—invariable é inflexible—las otras dos dependen de las circunstancias, de los progresos de la humanidad, de las modalidades de la escuela, etc. Todo esto, aunque pareciendo lo

---

(1) La frase es del abate modernista francés Louisy.

contrario, aumenta la dificultad de fijar con verdadera precisión los principios cuyas prácticas, nos acercaría al ideal propuesto; por eso es que me limitaré á consignar los más evidentes, porque son los más indispensables y universalmente aceptados por quienes pretendieron encontrar atenuantes á la gran injusticia actual.

Me parece que en el orden de las naciones remediáranse muchos males si se consiguiera llevar al ánimo de todos las siguientes convicciones:

1º Que la libertad no es sino la práctica de la justicia.

2º Que la guerra es un mal porque establece el dominio de la fuerza y solo puede ser impuesta á un pueblo por circunstancias inevitables que lo lleven á su *defensa*, que es la defensa de sus ideales, y sólo de ellos.

3º Que la Patria es el conjunto de estas aspiraciones superiores, y la bandera el símbolo de ellas, que es argentino, por lo tanto, todo el que las profese y tienda á su realización cualquiera que sea su cuna y su residencia.

4º Que el honor nacional no puede ser ultrajado, porque no puede serlo la magnificencia de los ideales que lo constituyen, y todo aquel que valiéndose de esa fórmula pretenda establecer la discordia entre los pueblos, atenta contra la Patria definida por la síntesis de la justicia.

5º Que la posesión del territorio y de la libertad política favorece tan solo la realización de estos ideales pero que no constituyendo su esencia misma puede desaparecer sin que amengüe el brillo de éstos.

6º Que el militarismo es una necesidad transitoria cuya desaparición será á su tiempo necesaria y benéfica; y que las glorias de la espada por la espada misma, son execrables ante el corazón de los argentinos.

7º Que el pueblo argentino tiene como fin la realización de estos ideales pero que para ello no ha de contradecir por otros medios que no sean la persuasión y el sentimiento los ideales de otras naciones de la tierra, de otros pueblos ó de otros hombres.

Dentro de la vida social puede decirse:

1º Que á igualdad de deberes corresponde invariablemente igualdad de derechos y recíprocamente.

2º Que debe propenderse á la distribución de la felicidad entre todos los hombres como á la participación de todos ellos en los males y los dolores.

3º Que la Ciencia es verdadera aspiración de los argentinos porque al establecer el dominio de la Razón, prepara el dominio de la Justicia.

4º Que las adquisiciones de las ciencias son adquisiciones de la humanidad y no pueden ser empleadas por una parte de ella en perjuicio de la otra.

5º Que el criterio de la Justicia es el criterio del bien social, entendido como el bien de la inmensa mayoría.

6º Que el trabajo es la verdadera fuente de fortuna y bienestar.

7º Que los derechos cívicos son deberes morales ineludibles porque su abandono importa la corrupción política que antecede á la tiranía.

8º Que el origen de un hombre ó los méritos de sus antepasados no deben influir en el juicio que sobre él pueda hacerse, ni en la posesión de honores, privilegios ó fortuna.

9º Que la sociedad debe educar á sus hijos para su servicio.

10. Que la constitución, conservación y cuidado de la familia es, dentro del régimen actual, un deber para todos los individuos de ambos sexos aptos para hacerlo, pero que la sociedad tiene el derecho de prohibirlo á los que puedan producir generaciones que la perjudiquen.

11. Que la sociedad tiene el derecho de legislar sobre todas las acciones de los hombres cuando vea en ellos un peligro para sí misma.

---

Aceptado el ideal de Justicia, se desprenden de él directamente, todos estos principios; pero no obstante el alcance de algunos de ellos hay que fijarlo en su verdadero límite.

Al decir en el 2º que la defensa de un pueblo es la defensa de sus ideales, se sintetiza el desprecio á la guerra ofensiva, á aquella que tiene por objeto la gloria de los que la llevan á cabo, ya sean generales ó soldados. Y á las guerras por cuestiones territoriales ó financieras que solo conducen á la ruina del vencido y al envanecimiento fatuo, y aún á la corrupción del vencedor (1).

Por otra parte, este principio tiende con el siguiente, á la universalización de la Patria, á que ésta sea algo ideal, separada por completo de sus atributos y de sus éxitos para unir, no ya al pueblo argentino en la comunión de iguales aspiraciones, sino á toda la humanidad en un futuro más ó menos próximo pero evidente; y toda esta concepción grandiosa—que, no es necesario decirlo, no me pertenece, cuyo solo éxito bastaría, si el pueblo argentino lo consiguiera, para hacerlo acreedor al reconocimiento imperecedero de la humanidad—encuentra su aplicación en el 4º principio que tiende á evitar las luchas armadas que ocasiona la ambición de gobernantes tan poco escrupulosos como para mover el resorte del honor nacional cuando quieren satisfacer apetitos mezquinos tan arcaicos como ilegítimos. Y no se me discuta la necesidad de esta cláusula en nuestro pueblo. Baste decir que no hace mucho nos hemos visto al borde de cometer la afrenta más grande á la civilización—no sé si arrastrados por aquellos apetitos—pero sí movidos por ese sentimiento de amor propio, de vanidad personal y gratuita que los pomposos explotadores de multitudes hacen servir con el nombre de honor nacional, honor de la Patria.

---

(1) Max Nordeau citaría en apoyo, el ejemplo de Alemania, corrompido por las riquezas que adquirió el 70.

Que la posesión del territorio no constituye la esencia misma de los ideales, tiene varios fines que es necesario no perder de vista. Pudiera suceder que en azarosa contienda con otros países de América, cuando hubiera desaparecido el actual equilibrio que garantizan las potencias europeas, perdiera nuestro pueblo la posesión de su territorio, y acostumbrado á considerarlo parte integrante de sus ideales, abandonara su realización como quimera inútil de perseguir; entonces prestaríale fuerzas este principio que tiende á hacer del hombre un judío cuyo culto fuera la humanidad y cuya promesa la felicidad de los hombres. No sería entonces, lógicamente, el gobierno atributo indispensable para su vida y no lamentaría su pérdida, absortido por el vencedor de sus legiones.

Pero aún va más lejos mi aspiración. Tiende á la supresión de las fronteras para que el pueblo argentino no se detenga en ellas y prosiga la propagación de sus convicciones á través de los mares y las montañas. El actual intercambio de ideas entre países lejanos, me hace entrever la posibilidad manifiesta de este ensueño.

No siempre puede la razón pura sacar de premisas tan lógicas como se quiera, conclusiones prácticas capaces de ser sostenidas en el terreno de los hechos; en muchas ocasiones éstos, con su incontestable fuerza, aún cuando sean contrarios á la razón y á la bondad, se imponen y obligan, máxime cuando se trata de orientaciones definidas de los pueblos, á reconocer lo existente y á fundar sobre esa base el edificio del futuro. De allí la necesidad de una razón práctica, que concilie los hechos absurdos con las conclusiones lógicas transigiendo perentoriamente con aquéllos para imponer inmediatamente éstas. Tales consideraciones imponen el principio 6º que transige con el hecho, que es el militarismo, para buscar su destrucción que ordena la lógica, si partimos del ideal de justicia.

Convenía á mi defensa esta aclaración que no tiene otro fin.

El principio 7º lo concreta todo; porque fijar ideales á un pueblo es inútil si no se le provee del dinamismo necesario para su difusión, porque solo han de adquirirse cuando se apasionen los ánimos por el choque con los ideales contrarios en procura de la victoria. No impongo al pueblo la profesión de mis aspiraciones; le impongo más porque lo obligo á difundirlos, por medios que están de acuerdo con las orientaciones de todos los principios.

Parece paradójal el principio 3º destinado á las relaciones sociales; sin embargo el dominio de la razón, de las conclusiones científicas, lleva en sí la destrucción de los privilegios y por tanto del falso concepto de oprimidos y opresores que hoy domina en el nivel medio intelectual. La ciencia, la razón, no reconoce elegidos, ni por su origen, ni por su sexo ni por su fortuna; la humanidad es un todo armónico, y la unidad de medida de los hombres es el trabajo que á la misma ofrecen, lo que equivale á negar la igualdad absoluta, pero negando al mismo tiempo la justicia con que pretende honrarse el estado actual, basado en méritos que no son tales.

Por eso dice el 4º que las adquisiciones de la ciencia son adquisiciones de la humanidad; pero, pueden ser empleados por una parte de ella en perjuicio de la otra. ¡Cuán lejos estamos aún de este ideal!

Cada progreso mecánico que aminora el trabajo, aumenta el número de pordioseros arrojados de las fábricas (1) en vez de disminuir el número de horas diarias de labor *haciendo posible una mayor instrucción*.

Eso sería lo justo, porque el criterio de la justicia es el criterio del bien de la inmensa mayoría, como á continuación se dijo, de esa mayoría obrera opuesta á la minoría de los grandes fabricantes; obreros que en nuestro país — que felizmente, desde este punto de vista, no ha alcanzado la faz industrial — viven en el mejor de los mundos cuando se los compara á todos los que mueren, literalmente, de hambre en las populosas ciudades europeas.

Mucho tendría que detenerme sobre los principios 6º y 7º. Ellos son los que requieren aplicación más inmediata y radical. Entre nosotros muchos elementos parasitarios vegetan á expensas del trabajo ajeno. Los dómines de comunidades religiosas, los militares, y sobre todo los empleados constituyen nuestra verdadera rémora. Empleado es aquel cuya única aspiración es conservar el puesto que la suerte ó el favoritismo, rara vez el mérito, le ha deparado; y ese lo sacrifica todo á la realización de ese pobre ideal; y ese vende á un tiempo su libertad, su conciencia, y su libreta cívica, á cambio de prebendas y favores. Y á pesar de semejante uso de la dignidad del hombre sé que una gran parte de la juventud no aspira otra cosa que un empleo. Decíame, cierto día, un compañero de facultad sintetizando la opinión de muchos, el mayor anhelo de un ingeniero es llegar á Presidente del Departamento, lo que equivale á decir, que la mejor aspiración de un profesional es ubicarse cómodamente en el presupuesto, doblar muchas veces la cerviz ante otros tantos gobernadores, ministros y diputados que se elijen á sí mismos, aceptando con el silencio cuantos rasguños á la moral y á la delicadeza se les imponga so pena de truncar su suprema aspiración.

Del principio siguiente, el 7º, abundan los comentarios; el abandono por parte del pueblo de los derechos cívicos nos ha colocado, políticamente, en el lugar que ocupamos. No entro á discutir las causas de ese abandono, que creo complejas; me basta con anotarlas.

Parece que la democracia contemporánea ha cumplido el otavo de los principios. Puede ser así en una pequeña parte, pero no lo es en el resto, especialmente en lo que á la fortuna se refiere. La sociedad obtiene en cada época una cantidad diaria ó anual de riquezas que se deben á la producción y á la manufactura. Pero esas dos fértiles madres no dependen únicamente de energías individuales; son por el contrario el fruto de todas las energías de los hombres, aunadas con los bienes de la naturaleza. Nadie puede entonces abogarse el derecho de posesión absoluta y hereditaria porque ello

---

(1) En nuestro país no, salen pordioseros, merced á su enorme riqueza para tan poca población.

equivaldría á dar el fruto á quien lo recoge y no á quien lo siembra y los cuida (1).

Por otra parte, si esa suma de riqueza está acaparada por un pequeño número, como resulta inevitablemente del usufructo y amortización de los haberes de una misma familia á través de sus descendientes, llega un momento, el momento actual en los países de Europa, en que poseen una gran cantidad de la riqueza producida un pequeño número de millonarios y nobles, que por regla general la usan en exclusivo beneficio propio, contrariando evidentemente los intereses de la humanidad. Y saliendo de este terreno para acercarnos al de la práctica y al interés social ¡cuántos adelantos, cuántos genios, hoy destruídos al nacer, no se revelarían al mundo, al no estar oprimidos en las estrecheces que les impone la opulencia de unos pocos, por lo mismo indolentes y holgazanes!....

El último de los principios sintetiza mi pensamiento en las relaciones del individuo con el conjunto de sus semejantes. Tal vez parezca opresor y tiránico ese concepto de los derechos de la sociedad; pero si se piensa que el individuo es transitorio y la sociedad es permanente; si se piensa que el bien de ésta es el único posible y legítimo bien de aquél; si se considera que la sociedad es el organismo y el individuo la célula, se comprenderá cuan necesaria es la destrucción de éste en el caso, no muy frecuente de que su existencia signifique un peligro para el cuerpo todo.

¿Quién ha de legislar? ¿Quién imponga la distinción? No es este mi asunto ni hay interés en dilucidarlo tan prematuramente. Aquel es el ideal. A los hombres del futuro que intensamente lo profesen dejemos la tarea de vencer tan pequeños inconvenientes.

Y al terminar esta segunda parte, se me ocurre pensar que ella es la mejor justificación de la primera. Era realmente *amplia, sintética y fecunda* la fórmula moral que ella contiene!

### III

Llego ahora á la parte más difícil ¿Cómo conseguir que el pueblo argentino profese estos ideales? Y obsérvese que digo *profese* y no *realice* porque sé muy bien que su realización no será obra de nuestros contemporáneos y talvez ni aún de nuestros descendientes inmediatos; y si he fijado ideales que parecen hoy utópicos, ha sido porque creo que la realidad cercana cohibe á los pueblos, amantes de la quimera que enardece sus posesiones y acrecienta sus bríos. Siempre que sea posible divisarlo, cuanto más lejos esté el ideal, más fuerza tiene.

No confío todo en la educación sistemática; soy un poco escéptico

(1) La filosofía científica sostiene que la sociedad será mejor el día que los ricos comprendan que su fortuna deben usarla en beneficio de los demás. A mi juicio, ello importa negar, en otros términos, el derecho de propiedad individual, tal cual hoy está establecido, caracterizado por el egoísmo de sus móviles y de su acción. ¿Qué aprecio tendrá, en efecto, el rico á su fortuna cuando deba emplearla en beneficio de todos? Creo que ninguno, y así concluirá por abandonarla.

de su obra cuando se empeña en contiendas morales; y aunque en este caso no se trata de cambiar la moralidad de los individuos — para cuyo objeto creo, que frente al medio y á los defectos orgánicos, la escuela es poco menos que impotente— sino tan solo de orientar los espíritus, no puedo menos que asignar un valor realmente poderoso á la enseñanza refleja. La prensa, las conferencias públicas y sobre todo la propaganda del apostolado, de los hombres que hacen del ideal su vida misma, y quieren comunicarla á sus semejantes, en las conversaciones familiares ó sociales, en las discusiones públicas, en los artículos periodísticos, en el libro popular y fácil, en los discursos *patrióticos*, frente á los poderosos (1) ó la conversación con la mujer futura esposa (2), constituyen el más seguro de los apoyos que pueden contar las ideas. Los partidos políticos tienen también su eficacia, porque unen al sueño de los ideales la realidad de los intereses presentes, siempre que envueltos en la contienda de la lucha cívica y por fenómenos explicables en la pérdida de la noción de su verdadero fin y lo confundan con aspiraciones transitorias.

Entre todos estos factores, la cátedra desenvuelve su obra que tiene la eficacia de la tenacidad y del método, pero que debe luchar contra ese recelo, seguido de indiferencia, que suele despertar la palabra de un maestro, á quien no siempre se escucha por deseo propio sino porque lo impone el horario de la escuela. Pero si es verdad que pudieran existir medios que á la par de la enseñanza sistemática impulsaran la difusión de las ideas, no lo es menos que para nuestro asunto, hoy existen en cantidad tan exigua que pudiera considerarse nula. La escuela, justo es reconocerlo, es por ahora, el arma más poderosa, la cuna sin duda de muchos de esos apóstoles que seguirán mañana con más bríos y eficacia la obra en que el aula los iniciara.

Bueno, pues: ¿Qué es necesario para que la escuela cumpla su obra? Es necesario ante todo que los maestros estén penetrados de las bondades de la obra misma; que ellos profesen intensamente los ideales á fin de comunicar ese entusiasmo sano y avasallador que saben inspirar los convencidos; y como ellos se forman en los institutos secundarios, empece mos por éstos.

La enseñanza aislada en medio de un conjunto inarmónico, como el que hoy presenciarnos, no puede producir resultado alguno; por el contrario, desde las matemáticas que pueden inspirar un verdadero culto á la verdad y á la justicia, hasta las ciencias sociales

(1) Nada beneficia á las ideas, para su difusión, sin la valentía de quienes las profesan. El cristianismo se impuso por la pasión de su fundador y los sacrificios de los mártires; la inquisición no consiguió sino acelerar el renacimiento y la evolución liberal de su época, y hoy mismo la sangre de Francisco Ferrer será el mejor fertilizante del árbol de la «Escuela Moderna».

(2) El sentimiento es el mejor resorte para convencer á la mujer y tal vez aún á los hombres; y ellas dispensan á las ideas el mismo cariño que ofrecen á quienes las sustentan. Por otra parte una mujer convencida de altas ideas es una promesa de que sabrá comunicarlas en el futuro á sus hijos formando un hogar donde ellas estén sólida é inmoviblemente cimentadas: — de allí la importancia de levantar sus aspiraciones.

que están en el deber de enseñarlo en sus múltiples aspectos; pasando por las ciencias físicas cuya historia es la de grandes trabajadores, casi desconocidos; por la química que ha producido una era de civilización y de progreso (1); por la biología que nos da el más acabado concepto de la igualdad relativa de los hombres y los otros seres; por la historia que *debiera* enseñarnos cómo los fenómenos sociales son independientes de los hombres que los dirigen y se deben al esfuerzo mancomunado de todos los individuos (2); por la moral que debe infundir el altruísmo haciendo comprender cómo él se basa en el interés de todos (3); hasta coronar el edificio con el arte literario que florece en las épocas de grandes conquistas y reivindicaciones morales ó en los ambientes de más genuina libertad (4); todo ese conjunto de doctrina, decía, debe conducir á la convicción de los ideales de una manera natural y lógica, como condujo á su adquisición á los espíritus más superiores de las postrimerías del siglo anterior.

Pero tratándose de las ciencias sociales no puedo detenerme en esta simple enunciación. Nunca en la lectura de trozos de historia, al evocar las reminiscencias de enseñanzas que recibí en la escuela, he tenido la satisfacción de comprobar su verdad. Todos ellos están impregnados de ese sentimiento antinatural del patriotismo agresivo, mezcla de vanidad y egoísmo, que se ha hecho depositar sobre los emblemas de una nacionalidad que nació al calor de ideas más nobles, digno reflejo de aquella gran Revolución de Francia, antorcha de las libertades contemporáneas. Y al presenciar una clase de historia, al escuchar las palabras que mis pequeños hermanos repiten, traídas de la escuela sin haberlas comprendido, evoco la memoria de Rousseau y recuerdo su profunda observación sobre la fábula de Filipo, el médico de Alejandro.

Pero para ser más explícito veamos un ejemplo. Todos sabemos que empeñados los unitarios residentes en Montevideo en obtener la caída de Rosas, acogieron con simpatía y aprobaron el bloqueo de Buenos Aires por las escuadras de Francia é Inglaterra. Recuerdo bien cómo me hicieron juzgar ese hecho mis ex-maestros de patria y espada! Aquello era la traición más infamante, solo *disculpa-*

(1) Los productos químicos constituyen una importante fuente de riqueza en Francia y Alemania, especialmente en la primera.

(2) Mitre dice: «En todos los acontecimientos en que intervienen hombres y cosas, puede concebirse, y aún demostrarse, qué hombres pudieron reemplazar á otros, y cómo, con ellos ó sin ellos, se hubieran producido los hechos lógicos de que fueron autores ó meros actores, sin que por esto se desconozca la acción eficiente de las individualidades conscientes con potencia propia». No sé que entre nosotros ningún historiador haya expresado, al hacer el juicio de un grande hombre, como San Martín, con mayor fuerza ese concepto «por qué, agrega, son sin duda las resoluciones las que engendran á los hombres, cuando ellas son el resultado de una evolución que tiene su origen en causas complejas». No obstante, su obra parece olvidar, en algunos pasajes su propio pensamiento, sin duda por la admiración que el hombre le despierta.

(3) Si el altruísmo no se basara en el interés social, sería para mi inexplicable y aún inútil.

(4) En la Grecia, en el Renacimiento y en el siglo XVII, en Francia, con los grandes filósofos.

ble porque la habían cometido nuestros hombres de mayor talla moral, pero con todo, digna del reproche ó por lo menos del complaciente silencio de la generacion presente. Qué criterio de justicia, qué criterio de libertad! Y, lo que es peor, no hace mucho conversando con un instruído profesor universitario, pude observar que de no ser tan bárbaros los procedimientos de la «mazorca» hubiera justificado la tiranía en defensa de la patria alzando un himno de gloria al defensor de su territorio. A qué excesos conduce esa ceguera mental del patriotismo estrecho! ¿O es acaso que la patria está constituida por el territorio de sus provincias; por las haciendas y caballadas de sus campos y las serpientes de sus bosques; por sus graneros repletos y su oro abundante para saciar la sed de lucro? Los hombres de Mayo fundaron una nacionalidad en cuanto ello significa fundar la igualdad de derechos de sus ciudadanos; pero desde el momento que esos derechos habían desaparecido, era necesario conquistarlos nuevamente aún con el auxilio del extranjero cuando el esfuerzo propio era infructuoso ante el gobierno del azote y de la daga! (1). Por otra parte, ese extranjero era el fundador de las libertades sociales, el pueblo cuyos hijos dieron su cuello á la guillotina para levantar sobre pedestal de cabezas humanas la columna del nuevo régimen en la vieja Europa. Y aquel hecho que en mi inocencia de niño no me atrevía á citar por temor de infligir un agravio á mi Patria, hoy lo recuerdo como la síntesis histórica de la interpretación verdadera del patriotismo. Todo esto enseñó la historia y habrá enseñado mis ideales.

La enseñanza indirecta de los ideales no puede sujetarse, como se vé, á reglas fijas. Los programas de todas las asignaturas deben comprenderla, poniendo en ella igual celo que el que hoy se emplea en suscitar animosidades hacia otras naciones, so pretexto de patriotismo.

---

Si entramos á considerar la enseñanza directa, en las clases de filosofía, de moral, etc., una dificultad se nos presenta de inmediato. ¿Deben ó no enseñarse todos los ideales propuestos, y en su verdadero alcance? Larga lucha he debido sostener contra yo mismo para resolverlo. De un lado mi propension al radicalismo, en las ideas, me inclinaba á la afirmativa; de otro, algunas conclusiones lógicas, y en especial el temor de producir una reacción violenta y funesta, me indicaban el camino opuesto. Creo haberlo

---

(1) Creo que el hecho no tuvo otros móviles que los supuestos, aún cuando no he tenido oportunidad de estudiarlo como deseo. No hago aquí su juicio histórico, sino su juicio moral. Tal vez era peligroso el procedimiento para una época ulterior; pero esa inconveniencia, que no puede aceptarse *á priori*, nada importa á mi objeto.

pensado desapasionadamente y debo decir, sin mengua de mis convicciones, que ha sido mayor el temor á la reacción que el deseo de alcanzar pronto la meta. En los actuales momentos, yo suprimiría de la instrucción *directa* los principios 3º, 4º y 5º del primer grupo y 5º 8º y 11º del segundo. Entre los restantes, que irían preparando el camino á los anteriores, prestaría muy especial atención, porque los creo los más urgentes, según lo he dicho, á los 6º, 7º y 10º del segundo grupo.

El renacimiento de la lucha cívica, sobre todo, interesa hoy á los hombres sanos de la América latina. Pero ello se conseguirá cuando el pueblo posea una educación que asegure la conciencia de sus actos. Mientras tanto muchas veces me he formulado al respecto la siguiente pregunta: ¿Por qué no se estudia en nuestros colegios la vida política actual del país?

Sin duda se dirá: porque no conviene introducir á la juventud en el oleaje de las pasiones políticas; ó porque no pueda convertirse la cátedra en lugar de propaganda partidista; ó por evitar los juicios demasiado severos que la actualidad sugiere de los hombres, etc. Lo cierto es que solamente en el caso de que los alumnos vivan en un mundo aparte estarían al abrigo de tales peligros que no creo sean tan temibles; y si ellos conocen la propaganda de la prensa y de los sectarios, siempre será benéfica la acción que la cátedra ejerza (1). No sería necesario por otra parte el juicio de los acontecimientos del día mismo en que se enseñan; bastaría con la historia de nuestras pasadas luchas cívicas, que los jóvenes desconocemos casi por completo. En efecto, salvo los conocimientos que por acción refleja adquirimos, que son en tanto menor número cuanto mayor es la apatía ciudadana, no poseemos otro bagaje para juzgar de los hombres y de las ideas políticas que la propaganda demasiado acalorada de la prensa que las defiende. En esas condiciones, la acción de los partidos lejos de despertarnos entusiasmos nos inspira recelos que aumenta el *personalismo* imperante.

No es verdad, tampoco, que la actualidad perjudique tan radicalmente los juicios históricos; *á veces* es necesario vivir en el ambiente, conocer las pasiones que lo agitan, aquellas que no dejarán documentos á la historia para desentrañar la verdad que ocultan; y no es difícil encontrar hombres suficientemente serenos para apreciar con equidad acontecimientos en que, varios lustros antes, actuaron ellos mismos. Y aún cuando esos juicios fueran corregidos en parte, por la posteridad. ¿No sería mejor su conocimiento que la ignorancia completa que hoy nos ciega?

Yo establecería, pues, cursos de la historia política de nuestro país, especialmente desde la caída de Rozas.

En cuanto al ideal del trabajo, la orientación marcada hacia las

---

(1) El defecto de las actuales clases de moral cívica es que les falta la pasión que las anime; ¿ó se quiere enseñar la lucha cívica en un ambiente de decaída indiferencia?

profesiones liberales que se ha dado á la enseñanza secundaria, es en gran parte responsable de su abandono.

Un bachiller es un individuo inútil, en cuanto se le cierra el camino de la Universidad. Y eso es lógico; se estudian durante tres años *reglas* de idioma castellano; durante cuatro, mineralogía, geología, botánica y zoología, teóricas en libros extranjeros desligados de nuestro país y de América, de la cual no contienen ni noticias; durante otros dos años geografía argentina con enumeración de ríos, ciudades, pueblos, habitantes y edificios, pero sin visitar, ni describir siquiera, un solo establecimiento industrial, evitando cuidadosamente anotar riquezas que parecen olvidadas, en forma de materia prima, solo conocidas por quienes carecen de saber para explotarlas; otros dos años ocupa la enseñanza de la química, pero ni siquiera se habla de sus aplicaciones á la agricultura, que más nos interesan; el resto del tiempo, se emplea en estudiar: psicología, lógica y moral en libros con preguntas y respuestas como catecismos; literatura juzgando de las obras por lo que dice el autor del texto — método excelente para aprender á hablar sin saber lo que se habla — ó estudiando poesía y arte á base de versificación y de reglas; y en fin, geografía detallada de Asia, África y Oceanía; cronología de todas las dinastías egipcias y noticias de todas las religiones; un poco de física, que no es experimental porque no se hacen experimentos y no es teórica porque no se enseña la teoría sino la descripción de aparatos y por último matemáticas elementales que son útiles... cuando se aprenden.

Obtenido el bachillerato ¿qué se hace? De industria, de ganadería y agricultura, de comercio y de nuestro país no se conoce lo más indispensable; solo quedan dos caminos: ó ser empleado ó dedicarse á una carrera liberal, derecho principalmente porque permite continuar actuando con el brillo aparente que da el título sabiendo del país y sus necesidades tanto como al nacer (1).

Dígase á un bachiller que el trabajo es la única fuerza de riqueza y responderá que ya lo sabía, porque para él no existe más trabajo que el de una oficina ó la improba tarea de discutir las últimas novedades de la moda y de la vida social.

Establézcanse cursos de geografía económica, de ciencias naturales adaptadas á nuestro país, de industrias en las regiones donde existan, elementos indispensables para el éxito, de química aplicada á nuestras necesidades, etc., etc., y se habrá hecho más y mejor que con disertaciones filosóficas.

Por fin, y para terminar, establecería un nuevo curso, á cambio de todos los suprimidos ó acortados; lo llamaría: historia de la libertad y de la ciencia, y formaría su programa con algunos ca-

---

(1) Me decía, no ha mucho un profesor de la Universidad: la ciudad de Dolores tiene en las frutas su principal fuente de recursos; pues bien, mantiene: Colegio Nacional, Escuela Normal y escuelas elementales; pero carece de una escuela de fruticultura, más aún, en ninguno de dichos establecimientos se habla siquiera de cómo debe cultivarse una planta. El hijo del agricultor no puede ser así otra cosa que bachiller ó empleado.

pítulos del «Deber», del «Carácter» y de «Vida y Trabajo» de Smiles y de los muchos admirables capítulos que la historia del saber y del progreso contiene. Tan bellos ejemplos, influirían sin duda en la formación del carácter social haciéndolo más altruista y por lo tanto más justo.

Adáptense, ahora, al marco de la enseñanza primaria todas estas direcciones y se tendrá el cuadro de cómo deben enseñarse mis ideales.

La tarea es grande, digna de los fuertes y los tenaces.

TEÓFILO ISNARDI.